



***El colapso* (2019)**

Por VIRGINIA VACCARO

En 2019, mucho antes de que el mundo fuera sacudido por una epidemia vírica, un grupo de jóvenes cineastas franceses, lanzaban a nuestras pantallas una valiente propuesta sobre el fin de nuestra civilización: “El colapso”.

Dividida en 8 capítulos de 22 minutos de duración, esta serie se alza como un prodigio en cualquiera de sus facciones artísticas, así como conceptuales.

Detrás de esta obra se encuentra el colectivo francés “Les Parasites”, formados en la escuela de cine parisina EICAR (École Internationale de Création audiovisuelle et de Réalisation). El grupo comenzó su periplo artístico colgando sus videos en YouTube y financiando sus proyectos a través de campañas de *crowdfunding*.

Liderados en la realización y el guion por Jeremy Bernard, Guillaume Desjardins y Bastien Ughetto, los

ideales de este colectivo se encuentran en perfecta consonancia con su propuesta artística. Conscientes de los problemas a los que nuestra civilización deberá enfrentarse (cambio climático, escasez de alimentos, incrementos en la desigualdad social, etc.), el rodaje de estos ocho episodios ha supuesto la primera producción sostenible a nivel europeo: el material de rodaje se reagrupaba para utilizar el menor número posible de camiones, los vehículos privados estaban prohibidos y el equipo técnico y artístico se desplazaba en minibús, el menú del *catering* era vegetariano, con embalajes sin plástico, cada uno llevaba su botella de agua reutilizable, los restos de comida se reciclaban en forma de compost, el maquillaje era ecológico, los algodones reutilizables, etc. De esta manera, “Les Parasites” llevan su discurso moral y social hasta las últimas consecuencias. ¡Bravo!

Ejemplar es su conducta en el *set*, como ejemplar es la serie que han creado. Precisa en todos sus aspectos, “El colapso” funciona como un reloj tanto en su guion como en su puesta en escena. Las ocho historias están rodadas con la técnica del plano secuencia. 22 minutos sin efectuar un solo corte de rodaje, teniendo que lidiar en algunos episodios, como el de la gasolinera, con más de 100 extras. Especialmente virtuoso es el episodio séptimo, “La isla”, en el que la cámara llega incluso a sumergirse bajo el agua para no perder nunca de vista a la protagonista. Esa cámara en mano, siempre en movimiento, siguiendo las vicisitudes de los personajes, es capaz por ella misma de ir creando una tensión narrativa que te hace perder el aliento en un tiempo de metraje tan reducido. Tan solo al llegar al final de cada episodio y escuchar durante los créditos la maravillosa y sencilla banda sonora de

Edouard Joguet, puedes al fin recobrar el aliento antes de empezar el siguiente episodio.

La comunión que los realizadores han conseguido entre el uso del plano secuencia y de la cámara en mano, es tan fluida que pasa de forma invisible para el ojo. El pulso narrativo es tan poderoso que te arrastra por él

mismo y te lleva a no darte cuenta de que esa cámara y todo el equipo de filmación han entrado y salido de coches, han subido a una avioneta y emprendido el vuelo, han recorrido todos los pasillos y habitaciones de una residencia de ancianos, han buceado esquivando la munición de un dron.



Pero más allá de ser un prodigio de puesta en escena, a nivel de guion la serie es un puzle perfecto de personajes que hasta el último capítulo no muestra la imagen final con todas sus piezas. Así, pequeños personajes que parecerían no tener importancia para la narrativa global, más tarde se recuperan en otros episodios, asistiendo a su destino. Por ejemplo, al padre que anecdóticamente logra robar una furgoneta en el episodio segundo, lo vemos más tarde en el episodio cuarto adquiriendo más protagonismo, tratando de conseguir provisiones en la aldea. O bien, al protagonista del tercer episodio, posiblemente un político, lo descubrimos tratando de contactar por teléfono con su esposa sin lograrlo, para más tarde conocer a esta mujer en el episodio séptimo de la isla y retomarla en el capítulo final, donde nos dejan

saber que se trata de una importante ministra de Francia, posiblemente del departamento de Medio Ambiente.

Cronológicamente, toda la serie se desarrolla en un periodo de 170 días, que van desde el inicio de ese colapso de la civilización hasta el momento en que la ministra logra salvarse llegando a una isla autosuficiente destinada a las clases más pudientes. Toda la estructura narrativa a nivel global se encuentra hilvanada de una forma tan milimétrica que en un primer visionado es casi imposible captar todos los detalles de la propuesta. Así, la acción del primer episodio es simultánea con lo que está sucediendo en el último, ya que podemos ver en el televisor del supermercado la retransmisión en directo del debate del episodio octavo, al que asistiremos como cierre de la serie.



Desde un punto de vista histórico, la serie se estrena en un momento convulso para la salud de nuestro planeta y los que habitamos en él. Cuatro años antes, en 2015, 197 países firmaron el Acuerdo de París con la finalidad de limitar las emisiones de gases de efecto invernadero y que la temperatura global no sobrepase el aumento de 2°C en este siglo. En este periodo han aparecido figuras como las de Greta Thunberg y sus “Fridays for Future” y una nueva cumbre climática

como la COP26 ha vuelto a celebrarse para vigilar que el pacto de 2015 se esté llevando a buen puerto.

En esta coyuntura en la que nos encontramos, una ficción como la de “El Colapso” casi surge de forma orgánica, ofreciéndonos una lectura de lo que podría llegar a ocurrir. La serie en ningún momento nos dice en qué año está sucediendo todo, pero nos deja intuir claramente que no es un futuro lejano, sino que bien podría suceder en esta misma década.



Tampoco nos explica abiertamente qué es lo que ha sucedido, cómo hemos llegado a esa situación en la que la gente huye de sus casas, se enfrenta por conseguir gasolina y es capaz de matar por unas medicinas. A lo largo del metraje se nos ofrecen algunas pistas poco explícitas de lo que puede

haber ocurrido: se habla de deforestación, contaminación de las aguas, ejércitos que se rearmen, hambre, éxodos, escasez de recursos... Todo ello, tristemente, no está lejos de ser ficción; cada uno de los puntos mencionados está ocurriendo en la actualidad.

Y precisamente es esto lo que hace que “El Colapso” se evidencie como una serie tan realista e incluso quizás como un inminente oráculo. Es por ello que su visionado puede resultar muy duro para más de un espectador. En líneas generales, se retratan dos tipos de personajes: aquellos que ante el

colapso sólo piensan en ellos mismos y en salvar su pellejo y aquellos que deciden ayudar a los demás, aunque eso signifique poner en riesgo sus vidas. Lamentablemente, es el primer tipo el que más abunda, dejando la sensación de que, efectivamente, el hombre es un lobo para el hombre.



Únicamente hay dos episodios en los que los personajes deciden quedarse y ayudar al prójimo: uno de ellos es “La central” y el otro es “La residencia”. En “La central”, vemos a un grupo de gente que se organiza para refrigerar con cubos de agua el núcleo de una central nuclear... sin llegar a conseguirlo. En “La residencia”, un joven enfermero es el único trabajador que se ha quedado en el geriátrico asistiendo a los ancianos. Él solo se ocupa de todos, dejándose la piel. Ambos episodios son los únicos que dejan atisbar una esperanza en el ser humano, acentuando la solidaridad como una de las posibles salidas ante un caos futuro.

Este pesimismo generalizado en la serie se contrapone bastante con las ideas que Rebecca Solnit expuso en su libro “Un paraíso en el Infierno”, en el que realizó un estudio de las respuestas que el ser humano había tenido ante diferentes catástrofes naturales y otras grandes crisis. Analizando a fondo los relatos del terremoto de San Francisco

en 1906, la explosión de Halifax en 1917, el terremoto de México en 1985, el huracán *Katrina* en New Orleans y el atentado del 11-S en New York, la autora llega a la conclusión de que, salvo algunos grupos menores, la mayor parte de la población se organiza con rapidez ante el caos y la ayuda mutua gana terreno ante la tragedia.

Sin embargo, no es de esta forma como la serie retrata este momento caótico. Su punto de vista es mucho más pesimista y despiadado, pareciendo indicar que incluso ahora ya estamos llegando tarde a los cambios que deberían generar un futuro mejor, y que sin duda estamos abocados a ese colapso definitivo.

En lo que sí concuerda esta obra y el ensayo de Rebecca Solnit es en apuntar que claramente el detonante de toda esta situación es el propio sistema que hemos creado. Un sistema que “se construye sobre la escasez y el miedo a los demás y se dedica a crear más escasez y más temores”, como indica Solnit. El verdadero colapso, el

verdadero desastre, es vivir como lo estamos haciendo. Perpetuando unas instituciones que no ofrecen ayuda inmediata y que limitan la creación de un mejor tejido social, capaz de hacer frente por sí mismo a los desastres.

Solnit insiste también en describir lo que ella denomina “el pánico de las élites”. Y esto se encuentra muy bien explicado en “El Colapso”, especialmente en el tercer episodio, en el que vemos al político huyendo de su mansión, dejando atrás a

sus empleados, tratando de salvar sus cuadros, pisoteando a la muchedumbre que le pide ayuda. Y lo mismo hará posteriormente su mujer cuando, con tal de llegar a la prometida isla autosuficiente y destinada sólo a una élite, sea capaz de llevarse por delante a cualquiera. Estas élites, acaban sucumbiendo al peor de los pánicos y para ellos el peor de los pánicos es una sociedad civil capaz de pensar y actuar por ella misma, capaz de alzarse y quitarles lo que poseen.



Esta faceta de crítica a los gobernantes y al sistema capitalista que nos está empujando al desastre es uno de los más interesantes de la serie. Los realizadores exponen de forma muy clara y directa sus ideas al respecto en el último episodio, que tiene lugar cinco días antes de que el sistema colapse. En éste, vemos al líder de un grupo ecologista llamado “Los amigos de la Vida” tomar un plató de televisión durante una emisión en directo con la ministra de Medio Ambiente.

El personaje de Jacques, el portavoz del grupo ecologista, habla de forma contundente: “el sistema actual no está al servicio del ser humano ni del interés general, ni de la vida. Es un sistema mortífero cuyo único objetivo es preservar los intereses y privilegios de una casta dominante que solo busca su beneficio”. Ante las risas de la

ministra, el portavoz prosigue: “Olvídense del cuento del crecimiento infinito en un planeta de recursos finitos. Estamos en un callejón sin salida, porque si seguimos creciendo colapsamos y si detenemos el crecimiento, colapsamos”.

Ante tales palabras, el discurso de la serie obvio: no hay escapatoria. Sin embargo, Jacques nos proporciona unas palabras hermosas y esperanzadoras que concuerdan por completo con la tesis final a la que la misma Rebecca Solnit ha llegado: “Intenten reorganizarse. Crear equipos, redes de ayuda en las ciudades, pueblos, barrios. Necesitamos urgentemente ganar en autonomía. Tenemos que salir del sistema que conocemos. Podemos evitar el hambre, los éxodos. No vamos a evitar el colapso, pero podemos sobrevivir.”

Con estas palabras estremecedoras y bellas a la par, el colectivo “Les Parasites” crean un contenido discursivo igual de poderoso que la forma en que está envuelto. Minuciosa, impactante, desbordante en actualidad y novedosa en formato, “El Colapso” sitúa en el punto de mira a unos realizadores con mucho por decir tanto en el panorama artístico como social... esperemos que dispongan del tiempo necesario para hacerlo antes de su vaticinado colapso.

T.O.: “L’effondrement”. **Productora:** Canal + (Francia, 2019). **Dirección:** Jérémy Bernard, Guillaume Desjardins, Bastien Ughetto **Guion:** Jérémy Bernard, Guillaume Desjardins, Bastien Ughetto. **Música:** Edouard Joguet. **Intérpretes:** Bellamine Abdelmalek, Lubna Azabal, Lola Burbail, Thibault de Montalembert. **Género:** Serie de TV. *Thriller*. Drama. Supervivencia. **Duración:** 160 min.

